

La trampa de una visión urbano-céntrica

David Harvey, del derecho a la ciudad a la revolución urbana¹

En el presente texto, el geógrafo francés realiza una crítica de la visión urbano-céntrica del geógrafo marxista David Harvey en cuanto a la ciudad como principal escenario del conflicto social y potencial superación posterior del capitalismo, así como matizaciones sobre aspectos específicos del razonamiento de Harvey.

Para el geógrafo marxista inglés David Harvey no cabe duda de que si una revolución debe producirse en el futuro esta no podrá sino ser urbana. Eso era ya la conclusión de un artículo dedicado al «derecho a la ciudad», publicado en el 2008 en la *New Left Review* que tuvo muchos ecos entre los radicales de los campus universitarios, «la revolución tiene que ser urbana, con el significado más amplio del término, o no será».² Harvey reincidió en un libro más reciente, *Ciudades rebeldes*, una selección de artículos, donde según él, «lo urbano» desempeñaría un «papel clave en las estrategias revolucionarias».³ ¿Por qué? Porque «los movimientos revolucionarios tienen a menudo una dimensión urbana». Un postulado ya de por sí desmentido por varias revoluciones del siglo pasado que tuvieron el campo como escenario de acción principal, por lo menos en los países que se calificaban del Tercer Mundo (China, Cuba, Angola...). Pero, sobre todo deja de lado el hecho de que en el transcurso de la historia si la gente “salió a calle” con objetivos revolucionarios esto rara fue vez por reivindicaciones específicamente “urbanas”, por no decir nada de aquellos que lo hacen hoy día, a quienes tales objetivos se han vuelto totalmente ajenos. Pero no nos anticipemos.

Jean-Pierre Garnier
es sociólogo
urbano

¹ Este texto es el resultado de una charla que tuvo lugar en la Librería Berbiriana en A Coruña el viernes 14 de mayo 2019.

² D. Harvey, «The Right to the City», *New Left Review*, núm. 53 nov/dic 2008.

³ D. Harvey, *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*, Verso, Londres, 2011.

De hecho, a pesar de que no deja de referirse a Henri Lefèbvre, Harvey se equivoca acerca del significado dado por este al concepto de «revolución urbana». A los ojos de Lefèbvre, este concepto designaba toda una serie de transformaciones que atraviesan las sociedades del siglo XX, haciéndolas pasar de la era industrial, con las conceptualizaciones y prácticas correspondientes (crecimiento, planificación, programación, especialización, funcionalismo...) a una era –todavía en gestación en su época– donde la problemática urbana, aun ampliamente ignorada por los urbanistas, los arquitectos e incluso por los especialistas en investigación urbana –Lefèbvre hablaba a este respecto de «campo ciego»–⁴ prevalecería definitivamente, donde la búsqueda de soluciones y de modalidades propias de la sociedad urbana pasaría al primer plano. Si este cambio de era obligaba efectivamente a “revolucionar” el pensamiento sobre la ciudad y el mundo en general, con el sentido metafórico del término, era sólo, según Harvey, con la condición de que se aproveche este cambio para inscribir esta renovación intelectual en una *praxis* política orientada hacia la emancipación, que pueda plantearse la cuestión de la transformación radical de las relaciones de producción, es decir de la revolución. En otras palabras, al contrario de lo que Harvey especula, para Lefèbvre, la revolución urbana estaba ya en curso mientras que la revolución socialista estaba todavía por venir... Pues nada parece indicar hoy día en las protestas, reivindicaciones, movilizaciones y manifestaciones centradas en lo urbano, que el fin del capitalismo sea inminente o esté en el horizonte. Salvo si se reduce este modo de producción, como lo hace Harvey, a la forma que esta toma desde los años setenta del siglo pasado: el neoliberalismo.

«¿En qué medida las luchas anticapitalistas deben centrarse y organizarse en el vasto terreno de la ciudad y del medio urbano?» Esta interrogación, que remite al postulado mencionado más arriba según el cual la ciudad, con el significado genérico y contemporáneo de espacio urbanizado, sería el lugar por excelencia y el gran reto de estas luchas, se basa en otra hipótesis que necesitaría, ella también, ser comprobada. Para Harvey, la acumulación del capital se basaría principalmente de ahora en adelante en la “producción” de este espacio, siendo “producción” entendido en el sentido no sólo de fabricación sino también de rentabilización de su funcionamiento. Sería esta producción la que constituiría hoy día, para los capitalistas, la fuente esencial de ganancia pero que, además, les permitiría, en el caso de crisis de sobreacumulación, como habría sido el caso desde el último tercio del siglo anterior, de capitalizar, con la ayuda de la especulación, los capitales excedentarios que ya no encuentran con facilidad, en otras ramas, oportunidades de inversiones rentables.

Se podría, sin embargo, objetar que el sector de las “nuevas tecnologías”, por ejemplo, que no depende solamente del desarrollo urbano, o el de las actividades de ocio, de la cultura y del turismo, por no mencionar la industria del armamento, siguen ofreciendo a los

⁴ H. Lefèbvre, *La révolution urbaine*, Éditions Gallimard, 1970.

capitales amplios campos de valorización. Y que, al contrario de lo que Harvey, que ha previsto la objeción, da a entender, no contribuyen todos o solamente a producir las infraestructuras y los equipamientos necesarios a la urbanización del capital o, en lo que a la fabricación de armas se refiere, a equipar a las llamadas “fuerzas del orden” para reprimir las “revueltas urbanas”.

Nada parece indicar hoy día en las protestas, reivindicaciones, movilizaciones y manifestaciones centradas en los urbano que el fin del capitalismo sea inminente o esté en el horizonte

Lo mismo pasa con la “violencia” en general de la cual Harvey, encerrado en su visión urbano-céntrica del mundo social, hace una realidad específica inherente a la vida urbana. Aquella que «ha devorado Belfast, ha destruido Beirut y Sarajevo, hizo temblar Bombay y Ahmedabad y ha transformado la Palestina en ruinas» no tiene nada que ver con esta visión casi esencializada de la ciudad. Remite a conflictos de orden geoestratégicos que han enfrentado protagonistas animados por intereses y preocupaciones diversas cuyas dimensiones económicas, políticas e ideológicas estaban inextricablemente mezcladas. Estas «mezclas raras» y estas «confrontaciones improbables» forman efectivamente «parte integrante del escenario urbano», como lo plantea Harvey, pero con la condición de que no se presente dicho escenario como su foco matricial u original. Claro que la ciudad es «epicentro de la destrucción», «creadora» o no, aunque, desde el punto de vista ecológico, el destrozo y la devastación causados por el modo de producción capitalista se extienden al planeta entero e incluso más allá si se toma en cuenta la atmósfera –¡alguna gente habla también hoy del capitalismo como un modo de destrucción!–, pero sólo en la medida en que su territorio y su población constituyen, en su totalidad o en parte, el objeto e incluso, cada vez más a menudo, el objetivo, en el sentido militar, de esta destrucción, como ese fue el caso en Serbia, en Afganistán y en Irak, y más recientemente en Libia y en Siria. Por remontarnos a tiempos lejanos, Hiroshima y Nagasaki, o algo más lejanos, a ciertos barrios obreros de Hamburgo y de Dresde, deben su destrucción bajo el fuego nuclear o de bombas incendiarias “Made in USA” al hecho de que estas ciudades fueran consideradas y tomadas como blancos en el marco de enfrentamientos o intervenciones imperialistas, y no a causa de no sé qué violencia intrínseca de la realidad urbana.

Que las ciudades se hayan convertido en el escenario principal y aun exclusivo de las operaciones de mantenimiento o de restablecimiento del orden no sólo en Occidente sino también en el resto del mundo es perfectamente lógico, dado que la mayor parte de la humanidad vive actualmente en áreas urbanas. Pero el hecho de que los desórdenes a los cuales estas operaciones represivas se supone ponen fin –¡cuando no los desencadenan!– tengan lugar en este marco espacial no conlleva por ello que estén relacionados con una

“cuestión urbana”. En otras palabras, si las contradicciones y los conflictos propios de una sociedad de clases se manifiestan casi exclusivamente en la ciudad, eso no significa que su origen debe ser automáticamente buscado en esta.

Poco importa, para Harvey «si el proceso urbanizador se ha vuelto tan decisivo para la acumulación del capital, continua él, y si las fuerzas del capital y de sus aliados innumerables deben movilizarse incansablemente para revolucionar periódicamente la vida urbana, eso implica inevitablemente alguna forma de lucha de clases, que se la reconozca o no como tal, aunque sea solamente porque las fuerzas del capital deben esforzarse enérgicamente por imponer su voluntad a un proceso urbano y a poblaciones enteras que no estarán nunca, incluso en las circunstancias más favorables, totalmente bajo control». Dos observaciones acerca de esta apreciación. 1°): Cuando Harvey habla de los aliados del capital, no se detiene en identificarlos, en este artículo como en otros o en sus libros, mientras que la alianza de clases de la burguesía con la pequeña burguesía intelectual, en particular, además de los alcaldes y concejales municipales que provienen en general de esta última, todos los especialistas y expertos en urbanística y arquitectura que integran las franjas superiores e incluso medias de esta clase, garantiza a la clase dominante la permanencia de su hegemonía sobre la sociedad y, por lo tanto, sobre la ciudad; 2°): Quizás las poblaciones urbanas, es decir, los habitantes de las clases populares no están nunca “totalmente bajo control”, salvo en las dictaduras. Pero, basta que lo estén parcialmente, es decir en todos los asuntos sin mucha importancia para la burguesía, para dejar a esta el campo libre en los asuntos “serios”. Guste o no a Harvey, su toma de posición da la espalda en este caso también a lo que pasó realmente y sigue pasando, en términos de relaciones entre clases, desde que la lógica del capital rige la urbanización.

Desde que el mundo se ha vuelto en parte y, luego, en su totalidad el mundo capitalista, la urbanización que le corresponde ha generado muchas resistencias por parte de los ciudadanos que pagaban el precio de esta, a veces masivas y violentas, pero siempre puntuales, dispersas y efímeras, que, como mucho, ha llevado a los dirigentes políticos y sus servidores en el ámbito de la planificación urbana a modular algunos de sus elementos secundarios sin nunca detener su curso. Así pues, en lo que a Francia se refiere, la “gentrificación”, por ejemplo, es decir el despoblamiento, programado o espontáneo, de los barrios populares en provecho de neo-pequeños burgueses en búsqueda de amenidades urbanas, tropieza con muy pocos obstáculos serios a pesar de la multiplicación de *okupas* y de colectivos opuestos a esa política (o proceso) de “recalificación urbana”. Lo mismo ocurre con la “metropolización”, resultante de la concentración espacial de las actividades de decisión y dirección en algunas ciudades “globales” o candidatas para formar parte de aquellas, indispensables para la transnacionalización del capital. Las pocas manifestaciones que este proceso o política provoca no parecen tener mucho futuro y no atraen a las multitudes. En Francia, a pesar de las denuncias de los militantes del derecho a la ciudad que se movilizan

aquí y allá contra las operaciones urbanísticas y de infraestructuras o inmobiliarias especulativas, nocivas para las clases populares, la puesta en obra del “Gran París” no ha sido frenado. Los riesgos que las amenazan provienen sólo de factores financieros o de disensiones que oponen entre ellos mismos, a escala nacional o local, los responsables políticos, izquierda y derecha institucionales confundidas. Al igual que en el caso del Esquema Director de Ordenamiento y de Urbanismo de la Región Parisiense puesto en marcha sin problemas mayores en el 1965 por la tecnocracia degaullista, en una época donde, no obstante, la pequeña burguesía intelectual, entonces excluida del poder, llevaba la «contestación del sistema» en el frente urbano. Tenemos razones para pensar que el “Gran París”, sobre el cual se espera todavía una crítica de fondo de sus circunstancias reales y sus consecuencias previsibles por parte de los investigadores que se pretenden radicales y se inscribirá sobre el terreno sin provocar sublevamientos populares que puedan obligar a sus promotores públicos o privados a dar marcha atrás.⁵

Que los desórdenes y las operaciones represivas tendrán
lugar en las ciudades no conlleva por ello que estén
relacionados con una “cuestión urbana”

Harvey debería mirar la realidad de frente. Aun cuando catedráticos “radicales” como él deploran la erosión intensa de la biodiversidad, la artificialización excesiva de los suelos, la gentrificación de los centros de ciudades o el desahucio de los más precarios, debidos todos a la lógica de la ganancia, los proyectos urbanísticos continúan con un ritmo desenfrenado. El desastre se añade al desastre, y las políticas públicas no han cambiado todavía de rumbo, al seguir en términos de competitividad, de atracción y de rentabilidad. Cualquier proyecto es esencialmente destructor y aún se espera una contraofensiva digna de ese nombre para bloquear sistemáticamente y a ser posible definitivamente la urbanización del capital.

Segunda tesis de Harvey que a la vez se deriva de la anterior: la clase obrera en el sentido amplio de clase trabajadora dejaría de ser el primer sujeto de una revolución eventual. Cabría «reelaborar y reformular de una manera adecuada los conceptos de trabajo y de clase». Claro, «la explotación del trabajo vivo en la producción si permanece como un concepto central para cualquier movimiento anticapitalista». Pero haría falta «redefinir el concepto de trabajo al pasar de una definición estrecha relacionada con las formas de la industria y de la fabricación al ámbito mucho más amplio del trabajo dedicado a la producción y

⁵ J.-P. Garnier, Ver un artículo anterior: «El “Grand París”: una urbanización sin urbanidad», *Bitácora Urbano Territorial*, vol. 1, núm. 24, pp. 89-99, 2014.

la reproducción de una vida cotidiana cada vez más urbanizada». ¿De qué clase de trabajadores se trata?

Aun cuando catedráticos “radicales” como Harvey deploran la erosión intensa de la biodiversidad, la artificialización excesiva de los suelos, la gentrificación de los centros urbanos o el desahucio de los más precarios, debidos todos a la lógica de la ganancia, los proyectos urbanísticos continúan con un ritmo desenfrenado

En el Occidente postindustrial que David Harvey nombra como «nuestra parte del mundo», a pesar de que ciertos de los países a los cuales él se refiere en apoyo de su tesis integran más bien la categoría de las economías llamadas “menos avanzadas”, tales como Túnez, Egipto o Turquía, una fuerza social nueva, el “precariado”, sería susceptible de tomar el lugar del proletariado obrero para acabar con la dominación del capital. Harvey parece sin embargo vacilar en dar un estatuto científico a esta noción, ya que la hace preceder por un «llamado» («so called») y entre comillas. Quizás hubiera sido mejor, como ya lo hacen varios investigadores, clasificar todos los trabajadores asignados a empleos de ejecución, regulares, temporales o a tiempo parcial y siempre mal retribuidos entre el proletariado a partir de su definición marxiana de clase compuesta por individuos que sólo tienen su fuerza de trabajo a vender para sobrevivir.⁶

El hecho es que, efectivamente, la desindustrialización, el peso creciente de las actividades de servicios y la transición del capital al estadio de la acumulación flexible han tenido como efecto, además de la desagregación de lo que se llamaba la «clase obrera», dar origen a una clase de «trabajadores urbanos de tipos muy diversos y no solamente de obreros de fábricas», que constituyen «una formación de clase muy diferente» del proletariado tradicional. Pero, según Harvey, «fragmentados, itinerantes, desorganizados, fluidos, poco sólidamente implantados», todos colaboran de un modo u otro no solamente en la producción material del espacio urbano, sino en su funcionamiento, al incluir los servicios que entran en juego en la existencia cotidiana de los habitantes, incluyendo aquellos proporcionados por los trabajadores del sector llamado «informal», marginados y desorganizados. «Del mismo modo que vivimos la industrialización de los salarios bajos», afirma Harvey, podemos decir que vivimos la urbanización de los bajos salarios». Dado que le incumbiría «realizar esta tarea cuya importancia va creciendo: mantener la vida urbana», este «trabajo colectivo» debe «insertarse más profundamente en el pensamiento y las organizaciones de las izquierdas».

⁶ S. Abdelnour, *Les nouveaux prolétaires*, Textuel, París, 2012.

Así pues, explica Harvey, «las luchas de los trabajadores contra la recuperación y la realización de la plusvalía en su espacio vital deben recibir un tratamiento igual al de las luchas en los diferentes lugares de producción en la ciudad». Y eso tanto más que sería de las filas de este “precariado” que provendría el grueso de las tropas de los movimientos sociales urbanos llamados a cambiar radicalmente la sociedad. Por eso, Harvey critica a la izquierda tradicional de no haber sabido hasta ahora «captar su potencial revolucionario». Muy frecuentemente, estos serían «sub-evaluados como meros intentos reformistas para resolver cuestiones específicas (más que sistémicas)», y por consiguiente no considerados como «movimientos verdaderamente revolucionarios, ni de clase». Ahora bien, «en el caso donde habría algún movimiento revolucionario en nuestra época [...], este sería el hecho de este “precariado” problemático y desorganizado». De ahí «el gran problema político»: «¿como grupos tan diversos podrían autoorganizarse y convertirse en una fuerza revolucionaria?»

La respuesta, como se podía adivinar por parte de Harvey, vendrá del medio académico, y más precisamente de los investigadores que han hecho de la crítica de la urbanización del capital su especialidad. «Una parte de nuestra tarea, afirma Harvey, consiste en comprender el origen y el carácter de estas quejas y reivindicaciones». La idea de derecho a la ciudad, en efecto, «no surge en primer lugar de diversas fascinaciones y modas intelectuales, aunque estas existen también, evidentemente, reconoce Harvey que no se interroga tampoco sobre el sentido de esta “evidencia”, «sino como una llamada de socorro de gente oprimida en una época de desesperanza. ¿Cómo responden entonces los universitarios y los intelectuales a esta demanda de ayuda?». Aunque sería necesario para que esta respuesta sea pertinente, suponiendo que la demanda invocada sea efectiva, que la cuestión esté fundada. Ahora bien, parece que de ella se deriva menos de «análisis concreto de situaciones concretas», como lo recomendaba Lenin en otras circunstancias, que de interpretaciones a menudo ilusorias —e incluso a veces irrisorias— de estas situaciones.

Hay que recordar, en primer lugar, como se ha apuntado más arriba, que «el origen y el carácter de las quejas y reivindicaciones» llevadas por las manifestaciones a la cuales Harvey alude no remitían a «cuestiones urbanas», salvo ciertas reivindicaciones de los Indignados españoles relativas a la vivienda y al alojamiento que, por lo demás, no provenían de las clases más desfavorecidas. Claro, la sublevación de parte de la juventud turca, dos años más tarde, provocada por un proyecto de transformación-destrucción de un espacio público de Estambul, el parque Gesi, para convertirlo en centro comercial, y la represión violenta de la que esta revuelta fue objeto han venido en el 2013 a nutrir *a posteriori* el “molino urbano” de Harvey. Al igual que las manifestaciones enormes en las principales ciudades brasileñas, en junio del mismo año, de una población exasperada por el despilfarro de los fondos en infraestructuras y equipamientos destinados a acoger la copa del mundo de fútbol en el 2014, y luego, en Río de Janeiro, los juegos olímpicos dos años después. A eso se añadía la resistencia desesperada de los habitantes de las favelas desalojados en masa

manu militari (más de 360 000 personas expulsadas) con vistas a estos eventos deportivos y, más allá, para dejar paso a jugosas operaciones inmobiliarias en zonas bien ubicadas. Pero, aun aquí, la dinámica anticapitalista de estas luchas urbanas brillaba por su ausencia: los manifestantes no ponían en tela de juicio el sistema social ni incluso el régimen político tanto como la legitimidad del gobierno, y ninguna queja se había elevado para exigir de la presidenta de la República, la antigua guerrillera urbana marxista Dilma Rousseff, a que ella dimitiese. ¡Se le pedía solamente «escuchar» a los manifestantes!

Por muy masiva y viva que sea, la expresión colectiva de una ira popular en el espacio público urbano contra el expolio y la desposesión lleva a un callejón sin salida si no se inscribe en una estrategia de toma de poder con la superación del capitalismo

Quizás embriagado, él también, por los movimientos de ocupación de las plazas que jalonaron el año 2011 en varios países, el teórico y activista anarco-marxista Mike Davis exclamaba: «la dominación brutal del capital y el mero poder del dinero están en todas partes a la defensiva». Según él, el multimillonario estadounidense Warren Buffet, que imaginaba que sus semejantes iban a ganar la «guerra de clases» que llevaban a escala planetaria se había equivocado. Quizás este universitario “radical” debería barrer un poco delante de su puerta porque parece, él también, algo llevado a confundir sus deseos con la realidad. Trátese de las manifestaciones en la plaza Sintagma en Atenas, de la avenida Bourguiba en Túnez o de la plaza Tahrir en el Cairo, de los Indignados españoles de Sol, de la muchedumbre de manifestantes de Occupy Wall Street o de los estudiantes de universidad y de secundaria enfrentados con la policía en las calles de Londres, en ningún momento el orden capitalista ha sido seriamente quebrantado. En el caso de la llamada Primavera árabe, tal cambio no estaba ni siquiera en el orden del día. El objetivo era sólo derrocar gobiernos corrompidos y represivos. Aun cuando una parte de ellos eran movidos por la revuelta contra una situación miserable, se trataba solo de deshacerse de una pandilla en el poder, y no de «desposeer a los poseedores», para reutilizar una consigna del antiguo movimiento obrero anarquista europeo. En España, en los EEUU y en Inglaterra, sólo la versión neoliberal del capitalismo era puesta en tela de juicio, y las víctimas del sub-empleo o del paro, del aumento de los gastos de matrícula de la falta de viviendas asequibles, habían salido a la calle solo para ponerla en cuestión. En cuanto a Grecia, donde se ha creído, por lo menos entre los observadores extranjeros, que el país estaba «al borde de la explosión», por no decir de la revolución, no era necesario un adivino para prever que el levamiento en masa del pueblo contra la «Troika», esta «impía alianza entre el FMI, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea», como dijo el escritor y activista político chileno Luis Sepúlveda en una entrevista en el documental griego *Catastroika*, acabaría canalizada por los estrategias neo-pequeño-

burgueses de Syriza preocupados antes que nada por «disociar la cuestión política del movimiento social», desempeñando el papel de masa de maniobra para servir las ambiciones electorales de los líderes de este partido.

El desarrollo de los acontecimientos demostró finalmente que, por tan masiva y viva que sea, la expresión colectiva de una ira popular en el espacio público urbano contra el expolio y la desposesión, a la cual se puede añadir la corrupción y, en el caso de Egipto y de Túnez, la represión, lleva a un callejón sin salida desde el momento en que no se inscribe en una estrategia de toma de poder con la superación del modo de producción capitalista como horizonte. A este respecto, es simbólico y revelador que entre los eslóganes de las pancartas y los carteles de los manifestantes, las palabras «socialismo» o «comunismo» que significaban este horizonte en el pasado no hayan aparecido nunca como tampoco otros términos susceptibles de reemplazarlos.